

(Alto.) ¡Ajá! ¡Muy bien! ¡Ajá! No me esperaba esto... Francamente no me lo esperaba...

EMILIA.—¿Qué ha pasao?

CONTRERAS.—Esto hay que aclararlo. No dudo de vos, Manolo, pero...

MANOLO.—No, eso no, señor Contreras, tú no dudes... que mi mejor amigo vaya a pensar que yo...

RAMON.—¿Qué vergüenza!

LUDOVICO.—Pero... vos, ¿cómo has hecho eso conmigo, Compostela? ¿No sabés que esa guita era del viejo y que es capaz de mandarme en cana si no se la llevo? Vos lo conocés a mi viejo... ¡Dame el vento que has robao!

EMILIA.—(Para sí.) ¡Robó!... ¡Robó para que se casara Rosalía!

MANOLO.—No lo tenjo, pero respondo de él. Buscaré para pagarte hasta el último centavo. Pero les juro, por mi madre, que no he sido yo. Yo no he sido. Por mi madre que está bajo tierra, lo juro. Yo no he sido. Lo que pasa es que allá arriba (Mirando el cielo.) se han apatotado hoy todos para darme el pesto... (Mientras se encamina hacia su habitación, profundamente dolorido, cae el.)

TELON

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. En escena Ramón, Ignacia y Emilia. Esta levanta la mesa; los otros dos están sentados. Ignacia dormita. Han terminado de almorzar. Sobre uno de los sillones un montón de cartas ensobradas.

RAMON.—¡Ya está roncando esta bestia!

EMILIA.—Debe de tener la meningitis nostálgica...

MANOLO llega de la calle; aspecto descuidado, sombrero puesto, gesto grave. Se sienta a la mesa sin hablar

RAMON.—Yo, saludaría...

MANOLO.—(Levantando la mano, mecánicamente:) ¡Salve! (Pausa.) ¡Venga el morfi!...

EMILIA.—De sejida... (Inicia mutis a la cocina.)

RAMON.—¿El qué? ¿Morfi? Se ha acabao...

EMILIA.—Yo le tenjo juardado... (Va a reiniciar el mutis.)

RAMON.—He susodicho que se ha acabao... ¿O te crees que esto es un dispensario municipal? Hace tres días que se ha vencido tu mes de pensión y tú más indiferente que si te tocaran una ópera wagneriana... y a mí música no... que esto ya tiene muchos bemoles. Pagaste la pensión de Contreras, pero la tuya no...

MANOLO.—Es que tenjo hambrecita canina, apitito... Hoy me como yo las siete vacas jordas de la Biblia y pido postres, café y cigarros...

RAMON.—¡Iluso!

EMILIA.—Dega, dega que le traiga. Tenerá hambre...

RAMON.—He dicho que no. ¿Por qué largaste el puesto del almacén? Sin trabajar no se vive. ¿Es que te has olvidao de los consejos que te daba tu padre? ¿Qué te decía siempre él?

MANOLO.—Me decía: "Trabaga, burro, que no faltará quien coma". Y es lo que he hecho siempre: trabagar. Ahora descanso, a ver si algún burro me da de comer...

EMILIA.—Yo te doy... yo te doy...

RAMON.—(Dando un puñetazo en la mesa.) ¡Cállate, bestia!

IGNACIA.—(Despertando.) ¿Quién me llama? Ah, ¿estaba usted aquí? ¿Trajo el dinero?